

AE
& I

Memorias de un sinvergüenza
de siete suelas

Autores Españoles e Iberoamericanos

*A Cili,
mi hermana del alma...
por tanto, ¡tanto amor!*

Si sintiera después de mi muerte, no dudaría ya de nada; pero desmentiré a todos los que me vengan a decir que he muerto.

GIACOMO CASANOVA

CAPÍTULO 1

¿Que por qué lo hacía? Vaya pregunta más imbécil la que me acabo de hacer. Porque me hacía feliz coleccionar mujeres. Se me hace la boca agua sólo recordar la excitación que me producía el acecho, la estrategia, el cálculo, oler la presa. Humm... perfume a piel nueva. La mirada, el roce, quejidos nunca oídos, orgasmos gritados, te amos y te quiero con olor a *champagne* francés (que por cierto les encantaba porque se creían valiosas sólo porque había decidido descorchar una botella para ellas, ¡¡¡qué ilusas!!!), platito de fresas o caviar o jamón de bellota, dependiendo de la expectativa a cubrir. Mujeres casadas, aburridas, hastiadas de lloros y mocos, de desplantes masculinos, infidelidades, indiferencias y machismos. Jovencitas que sueñan con el príncipe azul, o rojo, o verde, o del color que sea con tal de que llegue y las rescate. Solteronas de buen ver y mal haber, consumidas con su tesoro intacto, guardado

para el que nunca llegó. Ahhh, amigo, prometer, prometer, prometer... hasta meter y después de haber metido, olvidar lo prometido. Ésa era mi premisa. Ningún compromiso. Pañuelo usado, pañuelo tirado. Y ahora, metido entre estas cuatro paredes de cedro macizo que hieden a carpintería fina. No es justo. Los oigo a todos: tenía la vida por delante, dicen.

¡¡¡Maldita sea la muerte!!!

CAPÍTULO 2

Pero no siempre fui así, ¡no!, lo juro por Dios y por mi Virgen predilecta, la del Rocío: la Blanca Paloma.

Recuerdo mis primeros pinitos amorosos. Siempre, siempre, siempre creí en el amor. Hasta decidí guardar mi tesoro virginal para la mujer que un día colmara mis sueños. Era mi gran sacrificio. Me inmolaba por amor. Mientras mis amigos se vanagloriaban de haber pasado por... la piedra, ya me entendéis, yo continuaba con mi joya intacta. La comparaba con los demás cuando íbamos al baño, delante de los urinarios, y de sobra les ganaba. La tenía grande, según lo han confirmado todas. Sin embargo, en aquel entonces, por no usarla era el hazmerreír del barrio y del colegio y de Sevilla. El tonto, el santo, el iluso, el raro, el mari... eso, del que no se podía hablar según qué cosas en su presencia.

Pasaba las horas imaginando mi vida soñada, la de los libros que leía mi madre, Austen, Flaubert, Brontë..., desgarradas historias de amor rebotantes

de suspiros, lágrimas e imposibles, mientras mis amigos se la pelaban a destajo; los muy ordinarios. «¡Paco, Paco, ven aquí! ¡Mira qué tetas, las de Enriqueta... Paco!», me gritaban asomados a la ventana de la vecina, pero yo no me inmutaba. Mi mundo se movía en una dimensión elegante y honrosa. Quería estar cuando mi Alma pasara por el Parque. Ella era lo único que me motivaba. Verla desfilarse cogida de la mano de sus amigas; riendo con esa risa fresca de cascada loca que el Guadalquivir hubiera querido para sí. Tenía aquella cabellera desbocada de potra salvaje que acariciaba su cintura, al ritmo de un flamenco mudo, a cada paso que daba. Mis ojos tarareaban sus andares hasta perderla en el giro final de la última esquina. No me atrevía a mirarla de frente ni ella tampoco, pero aprendimos a saber que nos gustábamos por el mutuo rubor de las mejillas. Era como si me hubiesen pegado dos inmensas cachetadas que no dolían pero quedan marcadas hasta la hora de la cena, temido momento en que mi padre gritaba: «Manuelaaaa, ¿has visto a Currito?... Este niño ha vuelto a coger el sarampión.» Pero ella sabía que de sarampión nada de nada; o tal vez sí, otra clase de sarampión, el que me había contagiado mi Alma, que además de virulento sería del todo incurable. Estaba perdidamente enamorado de la hija de don Lucio Martineo Zurita y González, tres veces Grande de España. ¡Date por jodido!

CAPÍTULO 3

Ese 17 de julio, Sevilla amaneció oliendo a madera recién pulida. Como si un bosque entero hubiese sido talado durante la noche, el perfume se expandía en bocanadas espesas y oscuras; greda pegajosa y malintencionada sobre los tejados de Los Remedios. Un amanecer teñido de púrpura y grises fúnebres ungía la ciudad con su corona de espinas. Abrí la ventana para acabar de manchar mis ojos con la primera pincelada de sol y, al hacerlo, una ventisca se levantó de pronto disparándome a bocajarro millares de virutas que revoloteaban enloquecidas. Se metían por los rincones de la casa, entre sábanas y almohadas, cómodas y alfombras, martillando las paredes y las puertas como si fuesen un enjambre enloquecido de abejas hambrientas en busca de miel. Me herían las mejillas. Un presentimiento negro me nubló el corazón.

Había matado la noche a punta de pensamientos

y recuerdos recién nacidos. Alegrías que me sonaban a campanas de fiesta y tristeza, todas revueltas. Tantos años muertos, convertida en la mujer que todos querían ver. La esposa devota, la inmaculada madre, la intachable y pulcra mujer de la que nadie podía decir nada, ni siquiera las lenguas más viperinas. La que acudía a misa todos los domingos y fiestas de guardar; la de la triste mantilla presenciando en el palco de honor —entre pañuelos blancos, olés y ovaciones— largas tardes de toros con olor a sangre y muerte. La del dolor de la frustración manchado en su pecho. La que, sin que nadie lo sospechara, había sido absolutamente feliz durante una tarde. Una sola tarde por treinta años de tristeza.

No podía dormir, como cada noche, como siempre, pero peor. ¿Cuántas cajas habían fabricado? ¿Cien, doscientas? ¿Trescientas? ¿Cuántos ataúdes para acoger el cuerpo de mi amado?

Entonces, sin que nadie me lo hubiera dicho, tuve la certeza de que había muerto.

Mi amor, mi luz, mi sueño frustrado, mis ansias escondidas; mi adolescencia, mi dolor, mi dicha; aquel ser por el que cada día me despertaba y vivía; por el que mi vida, aunque nadie lo supiera, tenía sentido. El motor que me hacía estar, no estaba.

Francisco, mi Francisco, el del Parque, el tímido, el silencioso, el de las mejillas coloradas, el niño que cada vez que pasaba por su lado silbaba imitando a

un jilguero. El que me regalaba piedrecitas de colores, el bueno, el que me había querido con sus ojos; el que nunca, nunca, nunca había dormido en mi regazo; el que todos adulaban. El mujeriego, el estafador, el dios y el diablo. Mi Francisco, el verdadero, el desconocido por todos, nunca volvería a mirarme con sus ojos aceitunos.

¿Qué sentido tiene ahora mi vida?

Mi marido duerme. Necesito llorar, pero no puedo. No quiero que se me note el dolor. Aprieto mis párpados, me niego a derramar la primera lágrima. Entro en la ducha, perdida, desolada, no puedo compartir con nadie esta pena, y antes de que caiga el agua las lágrimas me bañan. Me diluyo en llanto. Una cascada cae despacio por mi cuello, se desliza entre mis senos marchitos, se mete en mi pubis y moja mi sexo... Mi sexo dormido, que guarda entre sus pliegues una tarde de dicha; una única tarde que jamás se repetirá, porque mis presentimientos, para mi desgracia, nunca me han traicionado.

Francisco ha muerto. ¡¡¡Me quiero morir!!!

CAPÍTULO 4

¡Maldito seas, Francisco! Ojalá ardas en el infierno. Tu repugnante alma y tu endemoniado cuerpo. Destrozaste mi vida. ¿Creías que ibas a durar siempre, que serías inmortal como los dioses griegos? ¿De verdad lo creías? ¿Que podrías mantenerte intacto destilando egoísmo y crueldad?

Tu asqueroso ego y tu dinero mal habido no pudieron garantizarte más años de existencia. Te cogió por sorpresa, ¿verdad? A que no te lo esperabas, ¿eh? Te miro y por primera vez te veo ínfimo, ya no puedes alardear de nada. Se acabaron los pulsos y las batallas entre nosotros. Ninguno de los dos ganó, ¿o tal vez sí? Sí, he ganado yo, porque sigo viva y tú estás muerto. ¿Cómo podré vivir ahora sin venganza, si durante todos nuestros años de matrimonio, si es que a este engendro se le puede llamar así, lo único que me levantaba de la cama era urdir alguna maldad para dártela de regalo?

No puedes verme. Tus párpados inertes serán devorados por los gusanos... ¡Qué pena me da! No podrás sentir ese último dolor, el asco de sus babas sedientas deslizándose por tu cara, engullendo tus ojos; esos que lamieron con su lascivia tantos cuerpos.

Me gustaría que sólo por un instante pudieras verme. ¿Sabes qué traje lleva puesto «tu mujercita»? El rojo; el que me regalaste para que lo llevara el día más feliz de mi vida y aún estaba por estrenar. Voy vestida de fiesta, Francisco, porque esto es una celebración. Sí, cariño, tu muerte es mi gran alegría. No te imaginas lo feliz que me haces. Después de tantos años, debo agradecerte esta dicha. Hasta fui a la peluquería y me hice la manicura eligiendo el color de la laca de uñas con total parsimonia, mientras los de la funeraria colocaban tu ataúd en el gran salón. ¡Qué remedio! Lo dejaste todo por escrito y no hubo manera de cambiarlo. Ya ves, por mí te hubiera quemado vivo. No me hubiera gastado ni un céntimo en tu muerte.

Esta noche, cuando todos marchen, después de esta ridícula farsa en la que pediste convertir tu sepelio, me quedaré contigo y hablaremos, ¡claro que hablaremos!; por primera vez me escucharás sin interrumpirme, maldito imbécil. ¿Alguna vez pensaste en cómo me sentía con tu continuo y recochineante desprecio? ¿En cómo me sentiría hoy, viendo este degradante espectáculo? ¡¡¡Qué humillación!!! Todas

tus fulanas desfilan por mi casa —porque es Mi casa, aunque te duela oírlo—, con trajes negros y pañuelos, llorando la muerte de tu entrepierna ¡ja ja ja, se te murió, Francisco! Con tu muerte, tu maldita arma ha quedado inservible. ¿Qué te llevas? ¿Con qué impresionarás en el infierno?